

METROID

El asalto a Mundo Agrícola

Escrito por

Jesús José Camacho Lucas-Torres

@chexual



capítulo nueve

AVISO +18

Esta lectura contiene lenguaje explícito y escenas que podrían herir su sensibilidad.

ANTES DE EMPEZAR

Las páginas que se dispone a leer deben considerarse un ejercicio creativo en clave de novela motivado por ningún otro interés que la creación en sí. Se basan en la saga de videojuegos Metroid, cuyos derechos pertenecen a Nintendo. Para su confección se han tenido en cuenta recursos tanto de los juegos como de otras obras de arte canónicas y no canónicas.

sigue al autor en sus redes sociales para estar al tanto de las últimas novedades
@chexual

METROID

El asalto a Mundo Agrícola

Jesús José Camacho Lucas-Torres

Un escritor no es nada sin sus lectores. Si has disfrutado de esta lectura, recomiéndala. Pásasela a un amigo, compártela en tus redes sociales o cuéntame qué te ha parecido, seguro que tienes muchas cosas que decir. Ayuda a que esta comunidad crezca y permanece al tanto de todas las novedades en **@chexual**.

Sus sollozos eran arrítmicos. Los pulmones no querían obedecerle y la respiración se le entrecortaba, mezclándose en su garganta las bocanadas desesperadas de la inspiración y el torrente enloquecido de sus espiraciones. Los quejidos quedaban ahogados en la ropa de su hermano. Durante un buen rato solo escuchó el galope de la cleoptra y las piedras que levantaba a su paso, y aunque no se oía ningún disparo, de alguna forma se notaban en el ambiente. Quizá fuera el olor, o las vibraciones. El animal avanzaba a un ritmo vertiginoso, por eso los habían elegido como monturas en Mundo Agrícola, pero su esfuerzo comenzaba a traducirse en agotamiento. Resultaba evidente porque cuando sus patas se elevaban a la altura del segmento donde habían afianzado la montura tenía que dar bruscos envites para desplazar la carga. Lisias gimió en uno de ellos. No pareció algo consciente, más bien fue como si el golpe le hubiese presionado la espalda empujando algo de aire a través de su boca. Se movió, y uno de sus brazos resbaló hasta quedar colgando, balanceándose inerte, apoyado en el muslo de Solomon.

Su aspecto horrorizó a James, pero fue incapaz de apartar la vista. Resultaba fascinante. Era crudo y violento, sucio, real e inexacto, algo que no podría aprender en la red y que ni siquiera en una Universidad vería desprovisto de misticismo. La piel de Lisias, gruesa y morena a fuerza de sol, había desaparecido casi por completo. Solo era reconocible en algunos parches informes en los pliegues del codo y la axila, y en la zona proximal de la cara externa del antebrazo. El resto era prácticamente indescriptible. Carne de un rojo vivo sin un solo atisbo de sangre, húmeda, muy brillante,

con extensas agrupaciones de corpúsculos ora blanquecinos, ora rosados, y placas de sebo de un intenso color amarillo. El interior de este tejido se presentaba hundido y ennegrecido, a veces de manera difusa, como las marcas que deja un mechero sobre una bola de nieve al intentar quemarla. Y las manos... Lisias debió cubrirse el rostro cuando lo atacaron, por lo que se llevaron la peor parte. El fuego había consumido la piel hasta los músculos. En la muñeca había heridas profundas en cuyo fondo destacaba el resplandor de lo que parecían ser ligamentos, y creyó distinguir que sus paredes estaban cubiertas por costras blandas, marrones, muy oscuras. Los dedos estaban limados, mucho más pequeños de lo que deberían ser, y sus extremos estaban calcinados. No había rastro de ninguna uña.

Solomon le pidió silencio. Estaban dejando atrás los granados y ya se veía la cúpula del rancho. A su espalda, todos los árboles de Las Charcas ardían en llamas que levantaban un humo espeso y blanco, y es posible que lo mismo ocurriese en los territorios de Siete Molinos y Doña Ana, donde la familia poseía un complejo sistema de invernaderos hortícolas. Si el Carril de Tribaldos había podido contener el fuego cabía la posibilidad de que las vides australes se salvaran, pero las naves volaban desde el norte y aquellos eran sus cultivos más rentables, un ladrón inteligente habría marcado allí su primer objetivo. James intentó sofocar sus jadeos, pero el brazo en carne viva de su primo lo hacía imposible. No podía dejar de mirarlo, de estudiarlo. Hizo un cuenco con las manos y se las llevó a la boca para tratar de sosegar, sin resultado. Se manchó de mocos, se limpió con la manga de su camisa, y siguió haciendo aspavientos. Al menos consiguió amortiguar el sonido.

Detuvieron a la cleoptra justo en el límite del rancho. Desde allí los disparos y los gritos se oían claramente. Se acercaron a la cúpula despacio, procurando quedar ocultos tras las fachadas de las pocas casas que habían construido en el exterior. Encontraron un abrevadero roto en el patio trasero de una de ellas. Las puertas y ventanas estaban cerradas, pero el suelo estaba cubierto de ceniza. Había marcas de disparos en las paredes, y una cleoptra joven, de no más de un metro, atrapada en los escombros de su cuadra. Solomon desmontó sin pensárselo y cogió a Lisias en brazos. Si alguien había conseguido refugiarse en la casa, estaría escondiéndose asustado y no saldría a darles permiso para coger agua, ni a negárselo. Mejor usarla que dejar que acabase tirada.

Solomon apartó los restos que parecían peligrosos y levantó a Lisias en vilo como si fuera a sumergirlo, siempre poniéndose delante para evitar que James viera por completo la gravedad de las lesiones.

— ¡Solomon, para! ¡No puedes mojar unas quemaduras como esas! exclamó.

— ¿Qué estás diciendo?

James se devanaba los sesos para intentar identificar el origen de esa información.

— No lo sé, creo haberlo leído en algún sitio, o quizá se lo he oído a alguien. A algún bryyo'mak, los reptilicus saben cómo tratar las quemaduras.

— Pero solo es agua.

— Créeme. Podría dolerle demasiado, o propiciar una infección. Es mejor que le demos de beber, debe estar deshidratándose.

Solomon pareció reprimir una maldición.

—Ya puedes llevar razón.

Se arrodilló en el barro que se había formado alrededor del abrevadero y apoyó a Lisias en su pierna. La cabeza se le cayó hacia atrás, incapaz de sostenerla en su estado, y abrió mucho la boca. Su hermano arrimó el hombro para que lo usase como almohada y, ahuecando la mano, vertió un poco de agua cerca de la comisura de sus labios. Parte del caldo resbaló por su cuello y arrancó de él un quejido sordo a la vez que se contraían los músculos de su cara, pero abrió los ojos y pareció buscarlos haciendo el esfuerzo de enfocar la mirada. Enseguida movió la boca pidiendo más agua, y Solomon le dio de beber hasta que volvió a perder el conocimiento. Tosió varias veces, no le resultaba fácil tragar.

— ¿Y ahora?- preguntó James.

Los hospitales más cercanos eran los de Artiga, aunque Sace quedaba más o menos a la misma distancia. En cualquier caso, ambas ciudades estaban demasiado lejos para llegar en cleoptra. Había un centro de salud a medio camino del Rancho Vegazo, pero tendrían que atravesar de nuevo el campo de granados ardiendo o dar un amplio rodeo, puesto que era probable que los árboles no fuesen el único cultivo que había sido pasto de las llamas. La única opción viable era ir a la consulta del doctor Müller y pedir ayuda desde allí.

Müller era un viejo médico que cobraba por las citas de atención primaria y las revisiones, pero la ley le obligaba a atender de forma gratuita dentro de un horario estipulado. La consulta quedaba cerca de su casa, y aunque no contaba con equipamiento puntero quizá podrían estabilizar a Lisias y protegerlo hasta que consiguiesen una ambulancia u otro transporte para llevarlo al hospital.

— Tenemos que entrar.- contestó Solomon, resolutivo.- Te dejaré en casa y luego llevaré a Lisias a la consulta de Müller.

James levantó la cabeza y miró al rancho. A pesar del tinte fotocromático, que en aquel momento daba a la cúpula una tonalidad parduzca, se podía distinguir perfectamente el humo acumulándose en la parte superior de la bóveda y arremolinándose en torno a los agujeros que la artillería pirata había abierto en ella. Se preguntó de dónde saldría aquel humo. No había demasiados edificios susceptibles de ser incinerados, casi todas las viviendas eran subterráneas y de metal.

— Pero no puedes moverte por ahí tú solo, el rancho estará lleno de piratas.

— ¿Y qué quieres que haga?

Solomon quiso hacer el amago de sonreír, pero no pudo.

— ¿Por qué no lo lleva Martin? Él es su hermano.

— Pero él no está aquí.

— En casa habrá alguien que pueda hacerse cargo.

Solomon cayó entonces en la cuenta de que su hermano podría no llevar razón. Ellos estaban en el patio de una casa que parecía deshabitada. Alrededor había otras casas, humildes pero siempre vivas, donde no se apreciaba ni un solo movimiento. Cuando llegasen a la mansión Pierce podrían encontrársela en llamas, o descubrir que todos sus parientes estaban muertos. Sintió que el corazón se le paraba y que le faltaba el aire. Quizá ellos fuesen los últimos supervivientes. Había que luchar por Lisias.

— No sé qué pasará cuando lleguemos a casa, pero el primo está con nosotros y no pienso dejar que muera. Sé que tienes miedo, pero me avergüenza que no quieras hacer lo mismo.

James quiso protestar, pero la rabia hizo aflorar de nuevo las lágrimas a sus ojos y le impidió proferir sonido alguno. Aquello había sido muy injusto. No quería que Lisias muriera, pero tampoco que lo hiciese su hermano.

Volvieron a montar en la cleoptra y se dispusieron a rodear la cúpula. Solomon fue caminando, agachado y procurando no hacer ruido. Tiraba de las riendas del animal obligándolo a ir también a ras de suelo. La carretera de la cañada, su enlace más directo con Artiga, atravesaba una de las entradas principales de la cúpula, pero estaba fuertemente vigilada. Pusieron rumbo en dirección contraria hasta una de las entradas secundarias, las más transitadas por los agricultores, pero allí también encontraron a un grupo de piratas ocultos tras una nave. Había enormes montones de comida esparcidos por el suelo, la policía debía haberlos sorprendido cuando intentaban cargar la NTA y ahora soportaban una lluvia de rayos mientras esperaban su oportunidad de contraatacar.

Retrocedieron procurando no llamar la atención. La disposición irregular de los edificios a las afueras de la cúpula entrañaba el peligro de que podrían encontrarse con un pirata en cualquier momento. Algunos disparos sonaban demasiado cerca. Solomon se tiraba al suelo y le decía a James que se abrazase a la cleoptra, y esperaban unos instantes mientras miraban frenéticamente a su alrededor, dispuestos a atacar ante el más mínimo movimiento. Lisias respiraba con profusión: inhalaciones largas y sonoras, exhalaciones pasivas y cansadas.

Entraron al rancho por un hueco que encontraron al sur de la cúpula, entre los patios traseros de una casa gigantesca desde la que se veían las tropas aposentadas en la carretera de la cañada y de otra, más modesta, que

lindaba con la trastienda rebosante de barriles de uno de los bares de la calle mayor. Las bombas de los granaderos habían hecho estragos en buena parte del perímetro, y había esquivarlas incrustadas en las paredes metálicas de ambas viviendas. Solomon se dirigió a la esquina más cercana de la casa grande y, sin despegarse de la pared, echó un vistazo. El olor del humo era asfixiante, y el ruido helaba la sangre. Se oían gritos que al cercenarse sonaban a súplicas, y el reverencial silencio que exigía su siega era mancillado por rugidos triunfales que podrían parecer carcajadas si los piratas fueran capaces de sentir algo similar a la satisfacción. Sin embargo, a pesar de los lamentos, la carretera estaba vacía. Solo distinguía a la patrulla que guardaba la entrada, allí ya había pasado todo.

El suelo estaba regado de cuerpos. Los cadáveres yacían sobre sus vientres con señales inequívocas de armas de rayos, les habían disparado por la espalda cuando intentaban huir. Otros habían muerto aplastados, los paneles hexagonales que formaban la cúpula habían saltado por los aires y los habían sepultado al caer. Calle arriba había dos piratas rodeados de al menos una decena de bryyo'maks, y apenas unos pasos más allá, en dirección a la mansión, distinguió uniformes ensangrentados pertenecientes al ejército de la Federación. Era grotesco, pero Solomon dejó escapar un suspiro aliviado. El despliegue de las fuerzas del orden contra los piratas lo tranquilizaba, y seguramente les facilitaría la tarea de llegar vivos a la mansión. James no opinaba igual. Todas las ciudades contaban con varios cuarteles de la Policía Federal que se encargaban de la seguridad de las colonias con solvencia material y personal. Si habían movilizado a los soldados de la estación orbital era porque la policía se había visto superada, y si estaban en el rancho en lugar de en las grandes ciudades, era porque los problemas estaban allí.

Costaba asumir que algo así estuviese ocurriendo. Recordaba a los tiempos más oscuros de las alianzas planetarias, al terrorismo del Extremo de la Galaxia y los compases previos a la creación de la Federación. No había nadie vivo que pudiese dar fe de un ataque de tal magnitud.

Tomando la carretera de la cañada llegarían directamente a casa en menos de diez minutos, pero al otro lado, en los establos, había más piratas de los que podía contar. Habían saqueado los almacenes hasta llenar las bodegas de sus naves, y cuando no cupo nada más se dieron a la tarea de acabar con cualquier provisión. Al menos media docena de piratas estaban comiéndose el pienso de las cleoptras en el suelo, directamente desde un contenedor que habían tirado, mientras otros compañeros, armados solo con sus cañones, disparaban al heno y las semillas hasta conseguir que ardieran. Todos se encontraban lejos de la carretera, pero la visibilidad desde allí era absoluta y los atacarían en cuanto pusieran un pie en el asfalto. La única alternativa era tomar la calle mayor. Discurría en paralelo a la carretera de la cañada, por lo que los dejaría a las puertas de casa, pero era

bastante más estrecha. Si se topaban con algún pirata, sería difícil esquivar sus disparos.

Solomon volvió a coger las riendas de la cleoptra y, con el mismo sigilo con el que se movieron fuera de la cúpula, se acercaron al bar para comprobar qué les esperaba. La trastienda estaba llena de desperdicios. Había varias columnas de cajas apiladas llenas de botellas a medio beber que desprendían un aroma dulzón, y los bidones se extendían hasta bien entrado el patio de la casa vecina. Allí debía vivir el propietario del bar, pues de lo contrario nadie permitiría aquella invasión.

Entonces escucharon el sonido chirriante de una puerta mal engrasada. Solomon detuvo a la montura y miró a su espalda con el corazón en vilo. Acababa de abrirse la puerta trasera del bar. Un fómido, con la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos cerrados, bebía directamente de un barril de comet grog que habían abierto con las tenazas mientras el licor le resbalaba por el torso, y tras él, el pirata que había empujado la puerta les daba la espalda intentado robarle el barril a su compañero.

Fue cuestión de segundos. El segundo pirata le dio un puñetazo al primero para que se le cayese el barril, y cuando éste abrió los ojos los descubrió a los tres, quietos, observándolos sin saber qué hacer. Gritó algo en ese idioma gutural que utilizaban los fómidos, y se abalanzaron sobre ellos con las tenazas dispuestas a machacarlos.

No hubo tiempo de reaccionar. La cleoptra emprendió el trote y Solomon pareció volar cuando saltó para subirse en ella. Inclino su cuerpo sobre el de Lisias y James se abrazó a su cintura, pegándose a él tanto como podía. Uno de los piratas chocó contra la casa y cayó al suelo, desde donde disparó a los pies del animal. No tuvo éxito, pero en lo que recobraba el equilibrio echó a correr tras ellos el otro pirata. Se trataba de criaturas bastante más altas que un humano promedio, de piernas largas y amplia zancada. La cleoptra era más rápida, sin duda, pero la cercanía del pirata le aseguraba una buena posición de apuntado, a la que se sumaba una calle mayor repleta de obstáculos. Los días de mercado había allí un gran trajín peatonal, de forma que el mobiliario urbano salpicaba toda la vía: desde asientos y papeleras hasta postes para atar a las monturas y vehículos personales aparcados frente a la casa de sus propietarios.

Solomon conducía a la cleoptra de una acera a otra, pasando por encima de lo que hiciese falta. Un rayo les pasó tan cerca que pudieron notar su calor, y otro acertó en las últimas placas del animal, arrancando de ella un chillido y desviándola del rumbo que habían marcado, incapaz de seguir órdenes cegada por el dolor.

Rodearon el cuartel de la Policía Federal, que tenía aspecto de haber sido uno de los primeros objetivos del ataque pues estaba cubierto de hollín, con todas las ventanas destrozadas y sin señal alguna de movimiento en su interior. Desde allí apenas los separaban un par de manzanas de la mansión, pero el pirata que los perseguía supo aprovechar la vacilación de la cleoptra.

Saltó sobre ellos y clavó su tenaza en la muesca que había abierto su disparo anterior en el exoesqueleto del animal.

Entraron cabalgando a la plaza del mercado. Un grupo de soldados de la estación orbital había desembarcado allí y combatía contra tres fómidos que parecían los últimos miembros del batallón que asaltó el cuartel, a cuyos pies parpadeaban haces de luz roja. La amplia explanada estaba cubierta de restos metálicos y circuitería, como si hubiesen destripado a un batallón de robots. Solomon espoleó a su montura con la esperanza de llegar hasta la línea de piratas, embestirlos y, con un poco de suerte, quedar bajo la protección del ejército, pero el que llevaban a rastras no se lo iba permitir. Intentaba encontrar algún punto en el que apoyarse para poder sentarse en la cleoptra cuando alargó el brazo con la intención de atenazar la pierna de James. Él gritó y lo esquivó, pero en lugar de esconder la pierna la dejó caer con fuerza y le dio al fómido una patada en la cara.

Solomon tiró de las riendas bruscamente hacia la izquierda para que la montura girase, no podía permitir que su hermano corriera peligro. En cuanto el pirata entró en su ángulo de visión, la cleoptra lo identificó como una amenaza. Se dobló sobre sí misma, agarró al fómido por la cintura y tiró de él. El pirata pareció resistirse al principio, agarrándose con fuerza a la placa de la cleoptra, pero el animal, con un movimiento seco, se lo quitó de encima y solo quedó un araño con la forma aserrada de las tenazas. Quiso lanzarlo, pero el fómido se agarró con ambos brazos a una de sus antenas y la hizo tambalearse. La cleoptra empezó a cabecear para quitárselo de encima, y en uno de sus movimientos enajenados el pirata metió en su boca el cañón cargado y disparó.

El animal murió al instante. Su cuerpo cayó al suelo con un gran estruendo y la parte trasera se dobló de manera grotesca sobre sus cabezas por la inercia del movimiento. El pirata aterrizó a varios metros de distancia y arrastró en su camino las mesas que el bar de la plaza había dispuesto en el exterior para sus clientes. Solomon empujó a James con la esperanza de que la cleoptra no lo aplastase, y no tuvo tiempo de agarrar a Lisias antes de perder el equilibrio y caer también.

Rodó sobre sí mismo, la piel desgarrándosele contra la grava, y se hincó de rodillas cuando intentó levantarse con la cabeza todavía dándole vueltas.

— ¡James!- gritó con desesperación.- ¡Escóndete! ¡Corre!

Escuchó a su hermano pidiendo auxilio. Estaba cerca de las puertas del cuartel, gritando socorro con voz ronca, tan tensa que podría haberse roto, pero corría en dirección a los soldados, que seguían luchando.

— ¡No!- volvió a gritar.- ¡James, escóndete! ¡Ponte a cubierto!

Creyó que iba a perder el conocimiento. Solomon buscó a Lisias a tientas por el suelo, de manera inconsciente, y haciendo un esfuerzo por enfocar la mirada distinguió el cadáver de la cleoptra a tan solo unos pasos.

Quiso volver a incorporarse pero fue inútil. Se mareó. Llegó hasta el cuerpo gateando, y entonces, ese rugido bronco y lleno de ira.

Se refugió entre las patas del animal, pegándose a su vientre, justo a tiempo de evitar un disparo. Su primo estaba allí abajo, con una pierna atrapada bajo el peso de la cleoptra. Costaba discriminar si seguía vivo, y ni siquiera se planteó comprobarlo. Tenía que estarlo, tenían que aguantar. Solomon empujó el cadáver mientras soportaba otra ráfaga de disparos, y pronto lo hubo desplazado los centímetros necesarios para liberar a Lisias. Se puso de rodillas, siempre a cubierto, y cargó con su primo, las piernas colgando como sin vida a la altura de su cintura, los brazos lánguidos incapaces de aferrarse a su cuello. Estaba húmedo, cubierto por el viscoso plasma que acudía a la superficie de sus quemaduras y que, al caer, había formado costras de barro fino con el polvo de la calle. Al abrazarlo escuchó su esforzada respiración, y se permitió respirar con un alivio que no pudo disfrutar. Levantó la cabeza para asomarse con cuidado y el pirata disparó al instante. Avanzaba en su dirección.

Respiró hondo. Estaba tirado en mitad de una plaza sin un solo lugar tras el que ocultarse. Su única opción era correr, y en cuanto abandonase la cobertura que le ofrecía la cleoptra el pirata abriría fuego contra él. No tenía escapatoria.

Las lágrimas acudieron a sus ojos. Tragó saliva. Con resignación, se separó del cuerpo de Lisias y lo tumbó con cuidado sobre el asfalto, la espalda apoyada en un pliegue del animal.

— No te mereces esto.- susurró.- Pero juro que volveré a por ti. Traeré ayuda.

Lisias no dijo nada. Ni siquiera estaba seguro de que lo hubiese oído. Por suerte. De otra forma no habría tenido valor de intentar lo que iba a hacer, y habrían muerto los dos. Puede que aún así lo hicieran.

Solomon se hizo un ovillo, apoyó un hombro en la cleoptra, y esperó. Había demasiado ruido. Se oía el estrépito de un incendio en alguna parte, disparos en todas las direcciones, alaridos desesperados, hasta el humo a su paso parecía arrancar ruido de las aceras, pero Solomon esperó.

Los fómidos eran corpulentos. Su altura rondaría los dos metros, y un ejemplar estándar debería pesar entre ciento veinte y ciento cincuenta kilos, si no más. Tenían un exoesqueleto grueso que les protegía y extremidades largas y bien proporcionadas. Él no tenía armas, si se enfrentaba al pirata cuerpo a cuerpo lo haría trizas en cuestión de segundos.

Entonces escuchó sus pasos. Arrastraba ligeramente las piernas, pero apoyaba los pies con rotundidad y su peso hacía vibrar el suelo. Reprimió el instinto de mirar. Caminaba rápido, sin vacilar, probablemente con el cañón preparado. No pensaba andarse con tonterías, iba a cazarlo. Esperó un poco más.

Notaba que el corazón se le iba a escapar del pecho. Tenía al pirata prácticamente encima. Haciendo caso omiso de todos sus instintos, que le

instaban a quedarse allí, a salvo, tensó los músculos de sus piernas y saltó con todas sus fuerzas. Lo hizo prácticamente a ciegas. El fómido estaba justo delante de él, a apenas un par de pasos de distancia, con el brazo derecho extendido dispuesto a dispararle. Unos metros detrás estaba su hermano James, corriendo en su dirección seguido de algunos soldados. Un pequeño atisbo de esperanza cruzó por su mente cuando impactó de lleno contra el abdomen de su enemigo. No fue un golpe limpio, solo le dio de costado, pero se agarró a su pierna con ambas manos y los dos rodaron por el suelo. Fue consciente de que el arma del pirata se había disparado, pero no notó nada. Rodó hasta que pudo incorporarse y, sin detenerse a comprobar el resultado de su locura, corrió en dirección a su hermano. Lo había hecho. Contó tres soldados escoltando a James, tratando de detenerlo. Había más cuando entraron en la plaza, pero tres eran suficientes para enfrentarse a un pirata solitario.

— ¡No!

James se detuvo en seco, con el rostro desencajado. Solomon quiso coger aire, y no pudo. El pecho le ardía, se quedaba sin respiración, y James gritaba. Cayó de rodillas y abrió la boca, presa de un pánico indescriptible. Tosió. Paladeó el sabor de su propia sangre. Se llevó las manos a la garganta, a los pulmones, y las notó calientes. Las miró. No había manchas, el rayo había cauterizado la herida.

— ¡Solomon!

La cara de su hermano estaba completamente deshecha. Se arrastraba por el suelo, reptando como una serpiente porque sus miembros no le respondían. Dos de los soldados dispararon sus metralletas mientras el cañón del pirata les devolvía el fuego, y el tercero se había agachado junto a James, pero él lo miraba fijamente con los ojos arrasados y la boca abierta de par en par, gritando su nombre.

Quiso alargar una mano hacia él, hacerle entender que todo estaría bien, pero sus músculos no le obedecieron. El disparo del pirata le había atravesado el hombro y el dolor era insoportable. Un centenar de pensamientos cruzaron su vapuleada lucidez sin terminar de materializarse. Tenía miedo, y se sentía ligero, y seguro, como si todo fuese a salir bien. No había razón para pensar que algo pudiera salir mal. Un estridente chillido le indicó que el pirata que los había perseguido había sido abatido. Volvió a intentar mover el brazo, sin resultado. Intentó no lamentar su inmovilidad y cerró los ojos. Solo un pequeño movimiento, un gesto mínimo. Se concentró en su respiración, tumbado boca arriba y sintiéndose mareado. Tenía ganas de vomitar. Escuchar pasos a su alrededor lo confortó. Los soldados se arrodillaron junto a él. James gritaba su nombre.

— Estoy bien.- susurró.- Estoy bien.

